

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO
UNA VIDA ESPECTACULAR**

LIMA – PERÚ

BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO, UNA VIDA ESPECTACULAR

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Su vida en España.
Sus primeros años en Nueva España.
Sus matrimonios.
Donado y religioso.
Los santos y los ángeles.
Los difuntos.
Los pobres.
El demonio.
Carismas sobrenaturales. a) Conocimiento sobrenatural. b) Profecía. d) Don de curación. e) Obediencia de los animales. f) Milagros en cosas inanimadas.
Humildad.
Austeridad y pobreza.
Su muerte.
Exhumaciones.
Milagros después de su muerte.
Beatificación.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida del beato Sebastián de Aparicio es una vida espectacular, porque fue una vida llena de milagros. Su comunicación con los santos y los ángeles era continua y, cuando tenía alguna necesidad, ellos venían en su ayuda. Algunos santos eran sus amigos especiales, como el apóstol Santiago, su padre san Francisco, san Diego de Alcalá, san Antonio de Padua... También se le aparecían con frecuencia las almas del purgatorio y los ángeles para ayudarle en los momentos difíciles.

Hasta los 70 años vivió como seglar y, trabajando la tierra o transportando mercancías con sus carretas y sus bueyes, se hizo rico. A los 60 años se sintió solo y, guardando su castidad, se casó para tener una compañía y quien lo cuidara. Su primera esposa murió. Se casó una segunda vez y pasó lo mismo. Entonces repartió sus bienes y entró de hermano lego franciscano con más de 70 años.

Sin embargo, a pesar de su ancianidad, Dios le dio una vida larga, ya que vivió y trabajó prácticamente hasta su muerte a los 98 años. Es de anotar que, a pesar de haber nacido en España, vino a México con 31 años y aquí vivió hasta su muerte. Es considerado el primer caminero o carretero, ya que con sus carretas y sus bueyes instituyó esta profesión para transportar materiales o alimentos de un lugar a otro. Él era especialista en amansar bueyes y sujetarlos a las carretas.

Como vemos, una vida humanamente de mucho trabajo físico, aunque nunca descuidó su vida espiritual. Siempre iba con su rosario en la mano, estando en comunicación continua con el Señor, la Virgen María, los santos y los ángeles.

Ojalá aprendamos de él a vivir el dogma de la comunión de los santos sin olvidar que no estamos solos en este mundo y que hay millones de santos y de ángeles que se sentirán felices de ayudarnos en la medida en que los invoquemos, especialmente los santos de nuestra especial devoción y nuestro ángel custodio.

Nota.- *Sum* se refiere al Summarium (Sumario) beatificationis et canonizationis servi Dei Sebastiani de Apparitio, Positio super virtutibus, Summarium, Roma, 1694.

SU VIDA EN ESPAÑA

Sebastián nació el 20 de enero de 1502 en la Villa de La Gudiña en la región de Galicia, en el norte de España. Su padre se llamaba Juan de Aparicio y su madre Teresa del Prado. Eran agricultores y, cuando el pequeño Sebastián tuvo uso de razón, empezó a cuidar las vacas y ayudar a sus padres en el campo.

Cuando era muy niño, algunos dicen que tendría como cinco años, le salió un tumor en la ingle y todos creyeron que era un tumor maligno y contagioso. Lo llevaron a una casa del monte, adonde una tía suya le llevaba de comer, dejándole la comida fuera de la casa, llamándolo en voz alta por su nombre para que recogiera la comida. Él estaba solo y cerraba la puerta por temor a los lobos. Un día la tía le llevó la comida y él estaba tan débil que no contestó. La tía pensó que estaba muerto. Él se levantó como pudo y tomó la comida, pero se dejó la puerta abierta y vino un lobo, entró y lo atacó. Con su boca agarró exactamente su tumor y, haciendo fuerza lo arrastraba a la puerta. Él hacía fuerza al contrario y el lobo arrancó el tumor, A los pocos días había curado... Parece que el lobo había venido por orden de Dios y había hecho de cirujano ¹. ¿Era acaso un ángel de Dios?

Cuando tenía 14 ó 15 años determinó ir por el mundo, pues soñaba con ir un día a América. Dejando a sus padres, se dirigió primero a Salamanca, donde se puso a servir en casa de una señora viuda, rica, joven y bella. Esta señora tenía una finca a una legua de la ciudad y allí iba Sebastián con algunos asnos para traer el grano, la cebada y la paja para el servicio de la casa.

Un día, estaba rindiendo cuentas a la patrona después de la cena y se hizo hora de ir a dormir. Ella mandó a todos sus servidores que se fueran y ordenó a Sebastián que le trajera una lámpara. Él la llevó a su habitación y ella comenzó a desvestirse. Sebastián le dijo: “Señora, de estas cosas no deben ser testigos los hombres. Sería bueno que entraran las siervas que tiene en su casa, que son mujeres como usted”. Entonces la señora respondió de mala manera: “Sebastián, las señoras de mi condición más bien quieren descubrirse delante de un hombre sencillo como tú que delante de esas siervas, pero, si te has sentido ofendido, coge la candela y vete a dormir”. Y él se retiró sin demora ².

Dejó Salamanca y se dirigió a San Lúcar de Barrameda, donde encontró poca labranza y se fue a Zafra en Extremadura. Allí consiguió trabajo en casa de un caballero llamado Pedro de Figueroa, primo del duque de Feria y estuvo con él unos seis meses. Pasó a Guadalcanal (Sevilla) donde estuvo enfermo, aunque

¹ Sum p. 105.

² Sum pp. 281-282.

no de gravedad. Y, cuando estuvo bien restablecido, se fue de nuevo a San Lúcar de Barrameda, puerto de mar, soñando ir a las Indias. Allí estuvo por espacio de siete años, trabajando como agricultor. El amo le dio tierras y semillas para que por su cuenta sembrase dos fanegas de trigo y tuvo tan buena cosecha que envió la mayor parte del dinero a sus padres, dejando un poco para sí.

Estando en San Lúcar de Barrameda, un gentil hombre, servidor del marqués, se enamoró de una jovencita. Se habían dado palabra mutua de casarse, pero no encontrando la manera de llevarlo a cabo, porque los familiares de la joven no querían, determinaron irse a Lisboa por mar. El día convenido, el hombre preparó una barca en la que se embarcaron y emprendieron el camino. Pronto se enteraron los familiares de la joven y los siguieron. Al llegar la noche, los novios decidieron regresar a San Lúcar de Barrameda y, dejando la barca, fueron caminando por tierra. Llegaron a la finca donde estaba Sebastián. El hombre le manifestó que lo estaban persiguiendo para matarlo y que debía alejarse, que la dejaba en custodia a la doncella para que la cuidase y protegiese como a una hermana.

Sebastián, sin pensar nada malo, aceptó cuidarla como a una hermana propia. La joven estuvo 40 días en su compañía y, viendo que era sencillo y humilde y que nunca dormía en su misma habitación, empezó a provocarlo con acciones poco honestas. Pasados algunos días, Sebastián le preguntó qué pensaba hacer, ya que el hombre no venía a llevársela. Ella respondió: “Temo regresar a casa de mis padres por la deshonra que les he ocasionado y, como usted desea irse a las Indias, le ruego que me lleve y me reciba como esposa”. Pero Sebastián no aceptó, ya que no quería casarse. La solución fue que mandó aviso de que la joven estaba en su casa para que vinieran a llevársela sus familiares. Les explicó cómo fue todo y ellos le agradecieron haberla cuidado como a hermana. Así superó aquella prueba del enemigo ³.

Otro caso le sucedió, cuando en el mismo lugar, una hija de su patrona se enamoró de él con intención de casarse y le provocó algunas veces, presentándose en su habitación y asediándolo. Y decidió irse cuanto antes a las Indias ⁴.

³ Sum pp. 282-283.

⁴ Sum p. 284.

SUS PRIMEROS AÑOS EN NUEVA ESPAÑA

Con 31 años, el año 1533 se embarcó para América. Llegó a Veracruz (México) y de aquí pasó a Veracruz vieja, llamada entonces Villa Rica. Se dedicó a cultivar tierras para trigo y maíz con poco provecho y de ahí se dedicó a domar novillos y amansarlos, siendo el primero que los domó en este reino. Uncía a los novillos o bueyes mansos para trasladar grano de puerto del Veracruz a Puebla y a la ciudad México. El año 1542 se dedicó a transportar mineral desde las minas de Zacatecas a la ciudad de México.

En una ocasión llegaba Aparicio a la ciudad de México cargado con minerales de plata desde Zacatecas y, en la plaza mayor, un carro se arrimó demasiado al puesto de un vendedor de loza y quebró mucha de ella. El dueño empezó a insultarle y le seguía gritándole y diciéndole que lo iba matar, a pesar de que Aparicio le decía que le pagaría todos los gastos. Cuando salieron a despoblado, el soberbio comerciante sacó su espada y lo desafió, injuriándolo y creyendo que era hombre inútil por ser muy callado. Entonces Aparicio sacó también su espada y en pocos lances lo puso a sus pies. Con un pie pisándole el pecho, le dijo: *Hombre soberbio, podría matarte*. El otro le pidió perdón y le rogó por su vida. Él lo perdonó, pagándole los gastos de la loza quebrada.

El año 1552, cansado de los carretas, compró una hacienda entre Tlalneplantla y Azcapatzalco, a una legua de la ciudad de México, y allí trabajó unos 20 años, sembrando y cultivando a tierra con ayuda de algunos indios. Así se hizo rico.

SUS MATRIMONIOS

El año 1557, cuando él tenía 55 años un hombre de ciudad de México, que estaba bien económicamente, aunque no era rico, pensó en proponerle a Sebastián que se casase con su hija. Para tal efecto lo invitó un día a su casa para tratar con él un asunto importante. Sebastián no sabía de qué se trataba y asistió. Encontró en la casa muchas personas que habían sido invitadas para el asunto y lo trataron con mucha cortesía, invitándolo a sentarse junto a la joven, la cual se había preparado y adornado bien. No quería sentarse allí, pero al fin aceptó para no parecer maleducado. Al principio se habló de diversos asuntos y después se trató del tema central: el matrimonio con su hija. Él se excusó y dijo que sería bueno tratar de la dote, que le iban a dar para sustentar a una joven noble. El padre de la joven le aseguró que le daría algunos campos y tierras. Sebastián contestó: “Yo tengo suficientes tierras. Hay que tratar de dinero”. El padre dijo que sólo le podía dar por ahora 600 pesos de a ocho. Él contestó que

*él también ofrecía la misma cantidad. Así que se puso de pie y se retiró, diciendo que no quería casarse. Esto sucedió en la ciudad de México*⁵.

Algunos años después (teniendo 60 años), se estableció en Chapultepec y un hombre honrado le instó a casarse con su hija. Sebastián, que se sentía solo, aceptó la propuesta para tener una mujer que lo acompañase y lo sirviese, pero sin cumplir las obligaciones sexuales del matrimonio.

El padre Juan de Torquemada en su biografía⁶ afirma que muchas veces llevó Sebastián a su joven esposa en el arzón delantero de la silla en el caballo, como a una hija y la llevaba a una señora anciana para que le enseñase a coser y otras cosas del hogar. Y dice que era tan jovencita que el tiempo libre lo empleaba en jugar con otras niñas. Por la noche él se acostaba al pie de la cama donde dormía su esposa, después de rezar el rosario. Un día sus suegros le dijeron que por qué trataba así a su esposa. Les respondió que no se había casado con otro fin que el de servirla y tratarla bien y dejarle su herencia, si ella le sobrevivía. Ellos no lo comprendieron y pidieron la nulidad del matrimonio por ser no consumado. Y, cuando estaban para ponerle el pleito, el Señor se llevó a su esposa al otro mundo.

Él la enterró en el convento franciscano de Tacuba, en cuya jurisdicción vivía. Y envió a sus padres 2.000 pesos con que la había dotado para sus necesidades.

Con 63 años trató de casarse con la misma intención que con la primera y encontró una jovencita de poca edad, llamada María Esteban, noble y virtuosa. Y pasó lo mismo. Un día salió al campo y la dejó encerrada como acostumbraba para evitar cualquier atropello. La esposa se subió a un árbol que estaba en medio del patio de la casa y, mientras estaba allí, le dijeron que venía su esposo. La joven quiso bajar con rapidez y se cayó al suelo; y de esa caída le vino la enfermedad y la muerte.

En un testamento que había hecho en una grave enfermedad, por si moría, escribió: *Para mayor honra y gloria de Dios, mi mujer queda virgen como la recibí de sus padres, porque sólo me desposé con ella para tener algún regalo en su compañía por hallarme ya mal solo y por ampararla y servirla con mi hacienda*⁷.

⁵ Sum p. 285.

⁶ La primera que se escribió sobre la vida del beato fray Sebastián de Aparicio.

⁷ Diego de Leyba, *Vida y milagros del ven. Fray Sebastián de Aparicio*, Sevilla, 1687, p. 31.

La enterró en la iglesia de Santo Domingo en el pueblo de Azcapotzalco: y a sus padres les envió otros 2.000 pesos con que la había dotado y todas las joyas y ajuar que le había dado.

DONADO Y RELIGIOSO

Después de la muerte de su segunda esposa, fray Sebastián vivió algunos años solo y pensó que la voluntad de Dios para su vida era ser religioso, si es que lo aceptaban a pesar de sus años.

Primero lo recibieron en calidad de donado en la Orden franciscana, es decir, como servidor laico. Como tal, el padre Superior (guardián) lo envió a servir a las hermanas de Santa Clara. Para estar libre de toda preocupación quiso donarles para su convento, que estaba comenzando, casi todas sus propiedades. En la ciudad de México tenía entre Tlalnepantla y Azcapotzalco una hacienda y se la dio con todo el trigo y maíz que en ella había, con los bueyes y cabalgaduras y aperos. Otra hacienda de ganado menor, que lindaba con el pueblo de Cahuacán y Chiapas. Y también les entregó las escrituras en que estaban registradas en pesos las cantidades de dinero que le debían. Todo esto consta en la escritura de donación que otorgó en México ante el escribano Juan de Orozco, el 20 de diciembre de 1573, siendo abadesa la Madre María de San Nicolás. También parte del dinero lo repartió entre los pobres.

Estando de sirviente de las hermanas clarisas, los demonios lo perseguían y no lo dejaban dormir por la noche, apareciéndose bajo distintas formas. El demonio quería a toda costa, quitarle la vocación y que volviera de nuevo a la vida seglar. Él estaba angustiado y las hermanas le aconsejaban continuar en la lucha sin desanimarse. Ellas le ayudarían y enviarían todas las noches hombres para que lo acompañasen. *La primera noche en que tenía esa compañía, los demonios se presentaron como dos leones furiosos y se lanzaron contra los dos hombres. Quisieron ahogar a uno y al otro lo asustaron jugando con una lámpara que se movía de un sitio a otro. Sebastián se encomendó a Dios y se lanzó contra el león que estaba ahogando a uno de ellos y lo hizo marcharse; y lo mismo hizo con el otro león. Pero esos hombres nunca más quisieron volver, ni aunque les dieran mucho dinero*⁸.

Por otra parte, como las hermanas lo trataban muy bien y querían hacerle comer cosas agradables, él prefirió retirarse y pedir el hábito religioso como hermano lego de la Orden y no como simple seglar.

⁸ Sum pp. 94-95.

Tomó el hábito religioso en el convento de México el 9 de junio de 1574. Durante el año de noviciado que siguió a su toma de hábito, no hubo día en que el demonio no lo inquietase de alguna manera o se le apareciese para hacerle la vida imposible y hacerle creer que no tenía vocación.

*Una vez, el demonio se le apareció en figura de un toro negro y luchó con él durante dos horas, quedando muy maltratado corporalmente, pero muy fuerte de espíritu*⁹.

*Fray Francisco de Escamón, religioso lego franciscano, que fue novicio con fray Sebastián, afirma que mucho lo perseguían los demonios y le quitaban las mantas de la cama y las tiraba por la ventana. Por la mañana las encontraba en la azotea del convento. Una noche, para liberarse de la molestia de los demonios, se había envuelto bien con sus mantas y se había amarrado con una cuerda y, cuando vino el demonio, se lo llevaba a él con las mantas. Él empezó a gritar, pidiendo ayuda, porque el diablo lo quería tirar por la ventana. Algunos religiosos acudieron y lo vieron tirado en el suelo, envuelto y amarrado con sus mantas, y, habiéndolo soltado, encontraron que tenía muchos moretones de los golpes recibidos. Y les contó que el demonio se le había aparecido en figura de león y de otros animales y que él estaba afligido, pensando en dejar el hábito y volver al mundo y que se le había aparecido el padre san Francisco y lo había consolado y se había tranquilizado*¹⁰.

El padre guardián encargó a toda la comunidad que orase y se diese disciplinas (azotes) para que pudiera superar las tentaciones y pudiera profesar.

Al cumplir el año de noviciado debía hacer profesión de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia como buen religioso, pero los padres del convento estaban divididos. Unos lo aceptaban, porque lo veían humilde, obediente y mortificado. Otros decían que era demasiado anciano y no podría andar descalzo ni ayunar como los demás y mucho menos podría trabajar como lego en los trabajos pesados de la casa, para los cuales hacían falta fuerzas naturales. Él parecía estar muy seguro de profesar, ya que mandó que el poco dinero que se había reservado para su sustento, lo repartieran a los pobres. Al final lo aceptaron y profesó el día de San Antonio de Padua, su especial abogado, que se le había aparecido en algunas ocasiones para ayudarlo en sus correrías.

⁹ Sum p. 9.

¹⁰ Ibidem.

Después de profesar manifestó que *se le había aparecido el padre san Francisco las tres noches siguientes, diciéndole que perseverase, porque si había sufrido mucho, también era mucho el premio recibido* ¹¹.

Ya profeso, el Superior lo envió al convento de Tecali, a seis leguas de Puebla, y salió del convento de México a su nuevo destino a principios del año 1576. Allí estuvo poco más de un año, sirviendo en la cocina, cuidando la huerta, pidiendo limosna por el pueblo para los frailes y asistiendo en la portería. En medio de sus deberes nunca soltaba el rosario de las manos y siempre estaba en oración permanente.

De allí lo cambiaron al convento de Santa Bárbara de la ciudad de Puebla de los ángeles. En esta ciudad había vivido nueve años, amansando novillos y sujetándolos al yugo de las carretas. Aquí en Puebla, de nuevo se consiguió algunos bueyes que le regalaron y construyó dos carretas para poder así recoger las limosnas de grano, leña y otras cosas útiles, que algunas personas daban para su convento, donde vivían unos cien religiosos en ese tiempo. Y en este trabajo de recoger limosnas y trabajar con los bueyes y carretas estuvo con relativa buena salud desde los 75 años hasta los 98 en que murió.

LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES

En la vida del hermano Aparicio aparecen frecuentemente los santos y los ángeles, ayudándole en sus viajes para traer las limosnas al convento. Como él era gallego, tenía mucha devoción al apóstol Santiago el Mayor, patrono de España, y especialmente de Galicia. En la catedral de Santiago de Compostela, centro de peregrinación desde la Edad Media, está su sepulcro. Él nos dice que algunas veces lo veía en visión sobre un caballo blanco ¹².

Una vez venía fray Aparicio por el camino real hacía Puebla y tuvo que pasar un torrente, que estaba con mucha agua por haber llovido. *Tenía que pasar por el puente, pero los bueyes se fueron con la carreta al torrente. Cuando vio el peligro, se encomendó al Señor y al apóstol Santiago, siguiendo con la carreta por el torrente. Y la guió como si fuese por tierra firme hasta que pudo salir a sitio seguro* ¹³.

Blas Hernández declaró en el Proceso que veía a fray Sebastián con sus carretas, cada una con ocho o diez bueyes, y un día le preguntó cómo podía él

¹¹ Sum pp. 94-95.

¹² Sum p. 120.

¹³ Sum p. 299.

solo manejar los bueyes. El siervo de Dios le respondió que le ayudaba su padre san Francisco. Y preguntándole cómo le ayudaba, exclamó: *Con la figura de un fraile como él, andando en su compañía y ayudándolo a llevar las carretas y colocar y soltar a los bueyes según la necesidad* ¹⁴.

Cuando había dos o tres días de fiesta seguidos, se venía del campo a Puebla para poder dedicarse a la oración y oír misas y comulgar. El guardián le dijo un día: “Fray Aparicio, ¿cómo deja las carretas y los bueyes en el campo, cuando hay tantos ladrones?”. Respondió: “No se preocupe, allí queda mi padre san Francisco, que las cuida”. A él le encomendaba todo y no faltaba nada ¹⁵.

Un día llegó a casa de Francisca Meléndez para recibir una carga de maíz que le había ofrecido. Fue en una mula y él solo la cargó, cuando la señora estaba cocinando para darle algo de comer. Ella se asombró de ver la mula ya cargada con dos sacos muy pesados de mazorca y, al preguntarle cómo había podido cargar los sacos, siendo anciano y con pocas fuerzas, respondió: “San Francisco me ayuda” ¹⁶.

En otra ocasión iba Sebastián con sus carretas y una de ellas quedó con el eje roto y orando al Señor pudo continuar con esa carreta durante tres días hasta llegar a su destino, lo que humanamente era imposible. Se maravilló el ayudante que venía acompañándolo en ese viaje y le preguntó: “¿Cómo se explica esto?”. Y le respondió: “Nuestro padre san Francisco va cuidando la rueda para que no se salga del lugar. Y así debió ser, anota el declarante del Proceso, porque el padre san Francisco siempre venía a socorrerlo en cualquier necesidad” ¹⁷.

San Antonio de Padua de quien era muy devoto por haber profesado el día de su fiesta, le favoreció visiblemente en algunas ocasiones y, sobre todo, san Diego de Alcalá, a quien trataba con mucha familiaridad, pues había sido lego franciscano como él. Un testigo declaró en el Proceso que, veinte días antes de su muerte, le oyó hablar al venerable con san Diego y le dijo: *Presto iré a hacerte compañía*. En otra ocasión la señora Constanza Díaz, esposa de Juan Ruiz, le pidió que rogara al Señor que le diera algún hijo, porque no podía concebir y su esposo deseaba mucho descendencia. El venerable hermano no le decía nada, cuando iba a casa de esa señora. Ella le insistía, hasta que un día le respondió: *“Se lo he dicho a Diego y me respondió que no le conviene tener hijos y que*

¹⁴ Sum p. 49.

¹⁵ Diego de Leyba, o.c., p. 71.

¹⁶ Diego de Leyba, o.c., p. 73.

¹⁷ Sum p. 296.

*nunca los tendrá”. Desde ese día, ella se resignó y su esposo aceptó la situación y estuvieron en paz*¹⁸.

*Otro día se le perdió el manto y un amigo le ayudó a buscarlo, pero no lo encontraron. En la noche se acostó bajo una carreta sin el manto, que era su cobertor por las noches. En la mañana lo vio con el manto y, al preguntarle dónde lo había encontrado, respondió que san Diego se lo había traído. Otra vez, en que también perdió el mismo manto, fray Sebastián le aseguró que lo había traído san Antonio de Padua*¹⁹.

En una ocasión, fray Sebastián le dijo a Gregorio Barrientos *que había perdido el manto. El señor Gregorio le respondió que no se preocupara, porque él le daría otro; pero cuando regresó después de 15 ó 20 días le manifestó que ya lo había encontrado en casa de cierto indio, porque san Diego le había dicho dónde estaba y que el indio, queriéndolo cortar, no había podido hacerlo con tijeras después de intentarlo dos o tres veces, porque parecía tan fuerte como el hierro*²⁰.

*Una noche fray Sebastián durmió bajo una carreta junto a la casa del testigo y él y su madre, temprano por la mañana, sintieron que hablaba solo y fueron despacito a escuchar qué decía y oyeron: “Ven aquí, Diego, no te vayas”. Ellos le preguntaron con quién hablaba y respondió sonriendo que hablaba con san Diego y que le estaba pidiendo que cambiasen sus rosarios*²¹.

El guardián le había asignado un indio para que siempre lo acompañase y le ayudase en las carretas y con los bueyes, pero el indio, a veces, se desaparecía o tomaba licor o era caprichoso y muchas veces por la noche lo dejaba solo. En esos momentos él acudía al cielo y le pedía al Señor y a sus amigos celestiales que vinieran en su socorro y nunca le fallaban.

Una vez estuvo dos días buscando a un buey que se le había perdido y estaba sin comer. Oró al Señor y aparecieron dos indios vestidos con blanquísimas tilmas (capas cuadradas, que usan los indios) y le dieron dos huevos y un pan²². ¿Acaso eran dos ángeles o dos indios enviados por Dios para socorrerle?

Un día fray Sebastián llegó a una casa donde el dueño le había ofrecido darle de limosna una cierta cantidad de maíz. Varias veces había ido y no lo

¹⁸ Diego de Leyba, o.c., pp. 182-183.

¹⁹ Sum p. 56.

²⁰ Sum p. 115.

²¹ Sum p. 118.

²² Diego de Leyba, o.c., p. 64.

encontraba o se excusaba, porque se lo había prometido sólo por quedar bien, pero no con voluntad. Ese día estaba solo en casa y no pudo dar excusas. Le dijo a fray Sebastián: *“Ahí tiene el maíz, cargue los sacos y acomódelos en su mula”*. *El dueño creía que el siervo de Dios, estando solo y sin que nadie le ayudase, no iba a poder llevarse los sacos, porque ese día de carnavales toda la gente estaba en las fiestas. Pero comenzó a llenar los sacos y, al momento en que debía colocarlos en la mula, que era espantadiza, aparecieron dos indios, que le ayudaron y así pudo irse con ellos ante la admiración del dueño, que pidió disculpas por su poca voluntad*²³.

*En otra oportunidad, el siervo de Dios estaba afligido por algunas cosas que le habían sucedido y, yendo solo por un camino en su caballo, por su débil salud, tuvo que bajarse a descansar, porque la noche era muy oscura y no se veía nada. Se acostó en una roca del camino a orar y, de pronto, vino una gran claridad y oyó una hermosa música y pensó que era gente que iba a la ciudad y se puso a seguirlos para aprovechar la luz de las antorchas. Se dirigieron a una ermita del apóstol Santiago y, después de cantar, desaparecieron. Él quedó muy alegre y contento. Y los dos esposos que le oyeron este relato, pensaron que había sido un regalo de Dios*²⁴.

El siervo de Dios contó varias veces que, viniendo con sus carretas al convento de Puebla, una carreta quedó atascada en un pantano. Él estaba solo y afligido. En ese momento vino en su ayuda un joven vestido de blanco, que parecía un indio, y le dijo que venía a ayudarlo. *Mirándolo atentamente, le respondió: “¿Qué ayuda me puedes dar, cuando ocho bueyes no pueden sacar la carreta?”*. Y el joven, animando a los bueyes, en un instante sacó la carreta del atasco. *Al querer agradecerse, ya no estaba y, exclamando, le había dicho: “Tú no eres de aquí”, dando a entender que había sido un ángel*²⁵.

*Estando acostado una noche debajo de una carreta, comenzó a llover y en su tribulación vio un mancebo de notable hermosura que, con una vihuela en las manos, comenzó a tocar una música celeste. Olvidado fray Sebastián de su incomodidad, se alegró y se fue a reconocer a aquel joven, pero cuanto más apuraba el paso, más el joven se alejaba, hasta que desapareció. ¿Era un ángel de Dios? Así lo consideró el padre Alonso de Zepeda, a quien fray Aparicio se lo contó*²⁶.

²³ Sum p. 305.

²⁴ Sum p. 118.

²⁵ Sum p. 120.

²⁶ Rodríguez José Manuel, *Vida prodigiosa del siervo de Dios fray Sebastián de Aparicio*, México, 1769, pp. 146-147.

LOS DIFUNTOS

El hermano Sebastián rezaba mucho por los difuntos y muchos de ellos, con el permiso de Dios, se le aparecían para pedirle oraciones. A veces, se le presentaban ya gloriosos, cuando iban al cielo, y conocía el momento de su muerte para encomendarlos en sus oraciones.

Un día dijo que había visto el alma de doña Francisca, hija del marqués de Villa Manrique, virrey de Nueva España, que iba al cielo acompañada de muchos ángeles²⁷.

Otro día estaba fray Sebastián cuidando a un religioso enfermo en el convento y el religioso falleció en su presencia. En ese momento lo vio subir al cielo, acompañado de muchos ángeles, que cantaban alabanzas a Dios nuestro Señor. Entonces, salió de la celda gritando: “Padre guardián, venga, venga a ver el alma del hermano, vengan todos y vean los cielos abiertos y una música celestial, porque allá va”. Y, diciendo esto, se quedó como en éxtasis, aunque ninguno estaba presente.

También contó que, estando una vez en el campo, se le apareció el alma de un amigo suyo y le contó algunas cosas para decirle a su esposa sobre los bienes que había dejado y cómo debía distribuirlos según su testamento²⁸.

Un día llegó a la casa de un amigo el siervo de Dios para descansar en la noche bajo sus carretas. Por la mañana, el amigo con su hermano fueron a verlo y les contó: “Esta noche ha muerto en Cholula a las 11 p.m. un religioso y pasó por aquí acompañado de ángeles, camino el cielo”. Después de dos días llegó un religioso, llamado fray Pedro, y confirmó la muerte del religioso²⁹.

El siervo de Dios le preguntó a su amigo un día por la mañana: “¿No has visto esta noche una doncella a la que los ángeles llevaban al cielo?”. El amigo creyó que había bebido vino, pero fray Aparicio le dijo que no había bebido vino. Cuando ya lo conoció mejor, pudo reconocer que decía la verdad y que realmente aquel día había visto un alma santa subir al cielo³⁰.

El siervo de Dios le dijo a una señora, que lo declaró en el Proceso, que ese mismo día una sobrina suya, de unos 18 ó 19 años, había muerto y había ido derecha al cielo. Ni ella ni su esposo sabían nada, a pesar de que la distancia

²⁷ Sum pp. 118 y 121.

²⁸ Sum p. 119.

²⁹ Sum p. 111.

³⁰ Sum p. 28.

hasta la casa de la difunta era sólo de una legua. Ella tomó el caballo y con su esposo fueron a la casa de la joven y encontraron que ciertamente había muerto esa noche. Fray Sebastián lo sabía por revelación divina ³¹.

En otra oportunidad manifestó a uno de los testigos del Proceso que *esa noche había muerto el padre Ambrosio. El testigo quedó admirado y, estando pensando cómo lo sabía, llegó un religioso lego y le dijo que ciertamente había muerto esa noche el padre Ambrosio; y eso sólo podía haberlo sabido por revelación divina* ³².

El siervo de Dios estaba en una finca de Francisco Roldán y éste se levantó dos horas antes del alba para llamar a toda su gente de servicio. Vio al siervo de Dios sentado, rezando. Le preguntó por quién rezaba y le dijo que por un hermano lego del convento de Puebla que había muerto. Y seis o siete horas después, el testigo fue a la ciudad de Puebla, distante unas dos leguas, y vio que llevaban a enterrar al dicho religioso, quedando asombrado de que lo hubiera sabido fray Sebastián, si nadie le había podido avisar del suceso ³³.

En las informaciones del Proceso de beatificación de fray Aparicio, declaran los testigos ocho casos de almas del purgatorio que se le habían aparecido, según el mismo fray Aparicio había referido, entre ellos el más célebre fue el de doña Francisca Manrique de Zúñiga, hija del marqués de Villa Manrique, a la que vio ir al cielo acompañada de muchos ángeles.

LOS POBRES

Fray Aparicio era muy compasivo con los pobres. Cuando iba con las carretas, siempre les daba algo de lo que llevaba. *Cuando pasaba por los lugares donde vivían los chichimecas, gente fiera y cruel, que se comían a los hombres, a él lo respetaban y eran con él como mansos corderos. Él los socorría siempre y les daba alimentos y, a veces, hasta hacía matar un novillo que llevaba entre los bueyes para darles de comer. Y ellos lo dejaban pasar libremente a él y a sus acompañantes. Por eso, cuando algunos debían pasar por esos lugares, se juntaban a sus carretas para ir libres de peligro* ³⁴.

Cuando fray Aparicio era seglar, ayudó mucho a un buen hombre con alimentos para su familia y le ayudó a colocar a sus tres hijas. También le había prestado cierto dinero y, al morir este señor, Sebastián, en presencia de un

³¹ Sum p. 108.

³² Sum p. 108.

³³ Sum p. 113.

³⁴ Sum p. 299.

*notario, declaró que cancelaba todas sus deudas. Esta fue una gran obra de caridad en favor de esa familia*³⁵.

*Una vez, pasando por la plaza de la ciudad de México, vio que llevaban a prisión a un amigo suyo por deber 3.000 pesos de a ocho y no los podía pagar por ser pobre. Sebastián les dijo a los guardias que lo liberaran, que él se hacía responsable de pagar la deuda. Y, por su palabra, lo liberaron, sabiendo que Sebastián era persona de palabra. Y a los pocos días pagó la deuda*³⁶.

*Un día llegó fray Aparicio a una casa pobre y vio muy afligida a la señora. Él le manifestó: “Señora, no se aflija de que su esposo la quiere dejar para irse el Perú. Le aseguro que no irá, ni la dejará”. Y sacando de la manga unas tortas, se las dio para consolarla. Al llegar a casa el esposo, ella le manifestó lo que fray Aparicio le había dicho y el esposo nunca más trató de ir al Perú*³⁷.

*En otra ocasión, vio a la esposa de Peribáñez que tenía seis o siete hijos casi desnudos por la pobreza, y se quitó el manto y se lo dio para que los vistiese*³⁸.

*Durante 24 años fue limosnero del convento de Puebla y siempre que podía ayudaba a los pobres. Un día el guardián le dio un manto nuevo y le mandó por santa obediencia que no lo regalara a nadie, como había hecho con otros. Se encontró con un pobre que lo necesitaba y le dijo: “Hermano, mi padre guardián me ha ordenado por obediencia que no dé el manto, pero, si me lo quitas, habremos cumplido ambos nuestros deseos. El pobre se lo cogió. Al llegar al convento, el guardián le preguntó por su manto nuevo y le respondió: “Si como a mí, le hubierais puesto la obediencia al pobre que me lo quitó, habría vuelto con el manto*³⁹.

Por su buen espíritu, por su generosidad con los pobres y por sus dones sobrenaturales, era querido por todos los que lo conocían y, cuando llegaba a algún lugar, todos salían a recibirlo con gusto, diciendo: Ya viene Aparicio, ya viene Aparicio. Y todos, más o menos, le daban algo de sus cosechas.

³⁵ Sum p. 300.

³⁶ Ibidem.

³⁷ Sum p. 301.

³⁸ Sum p. 13.

³⁹ Diego de Leyba, o.c., p. 135 y Sum p. 75.

EL DEMONIO

Al igual que en la vida de muchos santos, el demonio se le presentaba bajo diferentes formas para molestarlo e impedirle hacer oración. Ya hemos hablado sobre las apariciones diabólicas durante su noviciado. Veamos otras.

Fray Sebastián iba un día a recoger la limosna del grano por un lugar llamado Cuantinchan. Llovía mucho y estaba preocupado de que el grano se pudiera mojar y echarse a perder. Necesitaba esteras o petates para cubrir las carretas. Y, de pronto, aparece un indio vendiéndolas. Él rápidamente se dio cuenta de que era el demonio. Y, aunque le dijo que las traía de parte del padre guardián, le respondió: “¿Crees que no te conozco? No necesito esteras del infierno”. Hizo la señal de la cruz y al instante desapareció⁴⁰.

Otro día fray Sebastián tenía hambre y se le presentó el demonio bajo la figura de un indio, que le ofrecía algunas tortas de comida. Él lo reconoció y le dijo: “Vete de aquí, bellaco, que te conozco y no necesito tu comida, porque Dios tiene cuidado de mí”. Y el demonio desapareció de inmediato⁴¹.

El siervo de Dios se quedó a dormir bajo una carreta junto a la casa de una señora. Esa noche fue muy fría y había helada. Al amanecer, ella y su esposo, Pedro González de Palacios, fueron a verlo y lo encontraron muy alegre y contento, y les dijo que no había tenido molestias con la helada, sino con una serpiente muy grande que toda la noche se había acurrucado junto a él y, aunque la echaba fuera, regresaba, pero que no le dio problema, porque ya la conocía y que era el demonio⁴².

Uno de los testigos del Proceso de canonización declaró que, estando fray Sebastián en su finca de Tlalneplantla, el demonio, una noche, se le presentó bajo tres figuras: como un moro, que vendía horquillas de las que necesitaba para su trabajo. Sebastián lo reconoció y le dijo: “Traidor, ¿cómo vienes a estas horas de la noche a vender?”. Hizo la señal de la cruz y desapareció. Esa misma noche se le apareció como una joven hermosa y, al preguntarle qué quería, ella respondió que sólo había venido a verlo y rezar por él, porque sentía compasión de él por ser anciano. También hizo la señal de la cruz y desapareció. También se le apareció como un toro furioso, pero él hizo la señal de la cruz y desapareció⁴³.

⁴⁰ Sum p. 93.

⁴¹ Ibidem.

⁴² Sum p. 58.

⁴³ Sum p. 95.

Él dijo: *He visto tantos demonios que se han cansado de mí y los veo como si fueran mosquitos. Cuando era novicio se me aparecían como animales feroces y se echaban encima y me querían ahogar. Otras veces me golpeaban y maltrataban y me arrastraban hasta la puerta de la celda. Mi Maestro me aconsejó que tuviese agua bendita en la celda para echarles y los demonios huían, pero, cuando no tenía agua bendita, volvían con mayor fuerza. Entonces mi Maestro me recomendó: Cuando vuelva, como es muy soberbio y no le gusta que lo desprecien, échale las orinas en los ojos y verás cómo se va. Así lo hice y no volvió*⁴⁴.

CARISMAS SOBRENATURALES

a) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

*Este testigo iba de la villa de Carrión a la ciudad de Puebla y en el camino encontró las carretas de fray Sebastián. Fue a saludarlo, pero no había nadie. Y, mirando, vio una correa que era apropiada para hacer unas riendas. Como nadie lo veía, la tomó y se la llevó. Después de cinco o seis meses fue el siervo de Dios a su casa y, antes de que el testigo le manifestase el hecho, fray Sebastián le dijo que ya le había perdonado, porque sabía que necesitaba las correas para las riendas. Y el testigo quedó asombrado de cómo lo sabía*⁴⁵.

Llegó fray Sebastián a un convento de su Orden y el guardián, para hacerle una broma, le mandó agua en vez de vino en una vasija. Y, cuando llegó el que le llevaba el supuesto vino, del que le había pedido un poco, le manifestó que ya sabía que era agua.

*Otro día le desaparecieron a fray Sebastián seis bueyes y fue a buscarlos con un amigo. Le manifestó que estaban detrás de la casa de Francisco Caxica; y allí encontraron ciertamente a cinco. El testigo le preguntó que dónde estaba el que faltaba y respondió que estaba junto a un torrente vecino. Y allí lo encontraron, de lo que se quedó maravillado el testigo*⁴⁶.

Un día el siervo de Dios venía con sus carretas sobre un caballo débil, sin manto, sin sombrero y con un hábito viejo, descalzo y con heridas en los pies y, al llegar a la casa de este testigo, le pidió a su esposa Bernardina González, si le podía dar un poco de pan por amor de Dios. La señora le dijo a su esposo, sin que él oyera, que quedaba sólo un poco y que no había más en casa. El esposo le

⁴⁴ Sum p. 92.

⁴⁵ Sum p. 115.

⁴⁶ Sum p. 117.

*rogó que se lo diera, que Dios proveería. La señora le dio dos pedazos y el siervo de Dios tomó sólo uno y le dijo: “Este pedazo para vuestra cena. Yo sé que no os queda más”. Y ella y su esposo quedaron admirados de cómo lo había sabido*⁴⁷.

*Una noche el siervo de Dios estaba acostado bajo una carreta en el patio de la casa de este testigo y con él estaba Manuel Fernández, su hermano. Hacia las doce de la noche, este testigo fue a verlo y vio que se estaba riendo y, al preguntarle por qué, respondió que una anciana de la ciudad de Puebla se estaba muriendo y había mandado aviso al siervo de Dios al convento para que la encomendase a Dios. Al día siguiente, vino un religioso del convento y dijo que era cierto; y este testigo y su hermano lo tuvieron como una revelación de Dios*⁴⁸.

*Otra vez se extraviaron sus bueyes y el siervo de Dios no sabía dónde estaban. Durmió en casa de este testigo y, al amanecer, manifestó que sabía dónde estaban y anunció que estaban a siete leguas del lugar. Y allí los pudieron encontrar, quedando el testigo admirado de cómo lo conocía, si el día anterior no lo sabía y no había venido nadie a avisarle*⁴⁹.

*Un día quiso fray Sebastián ir a su convento de Puebla, porque se sentía enfermo. Había ido en caballo, debido a su edad; y mandó que fueran a buscarlo. El dueño de la finca donde se encontraban, mandó un indio a traerlo, pero no lo encontró. Entonces el siervo de Dios le pidió prestado su caballo, porque sabía dónde estaba, y que se lo había llevado un moro. Fue con el caballo prestado y trajo el suyo. De lo cual el testigo quedó admirado, porque no podía saberlo sin un conocimiento sobrenatural*⁵⁰.

*Otra vez dejó el caballo a la puerta del convento y se lo robaron, pero él dijo: “No se preocupen, porque el ladrón lo devolverá”. Y a los pocos días el ladrón lo restituyó sin que le faltara nada*⁵¹.

Otro de los testigos del proceso certifica que un día estaba fray Sebastián con sus carretas y descansó junto a su casa. Por la noche, este testigo, como era joven, se fue con otro compañero a la ciudad de Puebla. Al marchar se fueron con todo secreto, pero al regresar y querer entrar sin que nadie los sintiese, fray Sebastián, que estaba despierto, le dijo: “¿De dónde vienes? ¿Crees que no sé dónde has estado y en el peligro que has estado? Enmendaos y no volváis más

⁴⁷ Sum p. 114.

⁴⁸ Sum p. 112.

⁴⁹ Ibidem.

⁵⁰ Sum pp. 72-73.

⁵¹ Sum p. 88.

allá”. El testigo quedó admirado, porque no podía haberlo sabido, si no era por revelación del cielo ⁵².

Una joven estaba muriéndose y llegó a su casa el siervo de Dios. Los padres le suplicaron que la encomendase a Dios. Él les dijo que la joven había hecho una promesa a Dios y que le dejaran cumplirla. El testigo quedó admirado, porque su hija se había casado contra su voluntad por haber hecho voto de ser religiosa y se lo había dicho en secreto a su madre después de casarse, lo que el siervo de Dios no podía saberlo por medios humanos ⁵³.

b) PROFECÍA

En una ocasión iban de camino el testigo, su hermano Francisco Yáñez y el siervo de Dios, y encontraron a un hombre a caballo, que había dejado el hábito de la Orden del Carmen, donde había sido novicio. El siervo de Dios comenzó a echar cruces y a hacerse cruces también a sí mismo. El hombre le preguntó si veía a algún demonio. “Sí, lo veo y lo lleva a la grupa del caballo. Vete y regresa a tu Orden o a otra y haz penitencia por tus pecados, porque, de otro modo, lo pasarás mal”. Y después de unos 20 años, se llegó a saber que ese hombre había ido de caza y, queriendo sacar a un conejo de su cueva, le había caído una roca y lo había atrapado y había muerto. Los perros y el caballo fueron vendidos por la justicia ⁵⁴.

En otra oportunidad un hombre le robó dos carretadas de leña, que tenía guardadas para el convento. Él tuvo compasión y le dijo a este testigo y a su hermano Francisco Yáñez que una saeta lo iba a matar. Y así fue, pues después de pocos años una saeta lo mató, como había profetizado el siervo de Dios ⁵⁵.

Llegó a casa de este testigo el siervo de Dios y encontró que su esposa estaba desconsolada, porque estaba enferma y podía morir. Se lo comunicaron y respondió: *Que confíe en nuestro Señor, dará a luz muy bien*. La señora quedó muy consolada y así sucedió. Su hijo todavía vive y es diácono ⁵⁶.

Llegó el siervo de Dios a casa del que declara en el Proceso y le dijo que se quedara tranquilo allí, porque su vida estaba en peligro. No hizo caso y esa noche, después de irse todos a descansar, él se fue a la ciudad y, queriendo entrar en cierta casa, le habían salido al encuentro tres hombres y lo habían

⁵² Sum pp. 107-108.

⁵³ Sum pp. 109-110.

⁵⁴ Sum p. 111.

⁵⁵ Ibidem.

⁵⁶ Sum p. 112.

*querido matar. Regresó rápidamente a su casa y, por la mañana, el siervo de Dios lo reprendió severamente y le dijo: “¿No te avisé que te quedaras en casa? De verdad que esta noche has estado en peligro”. Y el joven manifestó lo que le había ocurrido, diciendo que fray Sebastián humanamente no podía haber sabido lo que le iba a pasar*⁵⁷.

c) ÉXTASIS Y LEVITACIÓN

Una testigo del Proceso declaró que *una noche lo vio en éxtasis, elevado sobre la tierra, y que a veces estaba en conversación con los ángeles y hasta veía almas de difuntos que se le presentaban, cuando iban a gozar de la felicidad eterna*⁵⁸.

En el Proceso, *el padre fray Juan de Sarmiento declaró que había oído decir a muchas personas que lo habían visto extasiado. Juan Núñez, su barbero, también afirmó que se extasiaba mientras lo afeitaba. Un día, estando en la enfermería del convento, se quedó suspendido y, pareciéndole a un religioso que era por tristeza, fue a llamar a un músico del convento para que lo alegrara con la música. Cuando volvió el compañero y abrió la puerta, sintió una fragancia celestial por haber estado allí algún celestial habitante del paraíso*⁵⁹.

Varios testigos dieron testimonio en el proceso de beatificación de haberlo visto en éxtasis y elevado de la tierra⁶⁰.

d) DON DE CURACIÓN

*Una vez llegó a una casa en el campo y la dueña de casa le comentó que tenía un bebé que estaba enfermo y no quería mamar, estando ya para morir. El siervo de Dios tomó en sus manos al niño y respondió: “No te aflijas, que no morirá”. Y al punto comenzó a mamar y quedó sano*⁶¹.

Dos años antes de la muerte de fray Sebastián, esta testigo tenía una hija, llamada Isabel de Padilla, con una especie de cáncer en una mama. Tenía una lлага muy grande y estaba a punto de morir. La madre fue al convento de San Francisco a encomendarla a Dios y, regresando a su casa, se encontró con fray Sebastián y le manifestó sus angustias. El siervo de Dios le respondió: “No tema,

⁵⁷ Sum p. 114.

⁵⁸ Sum p. 298.

⁵⁹ Diego de Leyba, o.c., p. 189.

⁶⁰ Sum pp. 50 y 80.

⁶¹ Sum p. 116.

vaya a casa consolada y dé gracias a Dios, porque no es nada y no morirá su hija”. Así, consolada, se fue y a los pocos días su hija quedó totalmente curada⁶².

*El año 1597, estando Juan Caballero con un indio dentro de una carreta, se salió gateando un hijo suyo de 14 meses de edad y, poniéndose delante del carro, los bueyes se echaron a correr, pasando las ruedas del carro sobre el niño y dejándolo muerto al instante. Dos horas después, llegó el hermano Aparicio y le contaron lo sucedido. El hermano tomó en sus brazos al niño y lo encomendó al Señor durante un tiempo hasta que el niño resucitó sin el menor daño, como si nada hubiera sucedido*⁶³.

*Fray Sebastián tenía mucho amor y caridad con los enfermos y les daba los remedios que estaban a su alcance, pero sobre todo Dios le concedió la gracia de poder curar con el cordón, con que llevaba ceñido el hábito. Y esto tanto en vida como después de su muerte*⁶⁴.

*Un día un religioso tenía un fuerte dolor de riñones. Fray Sebastián se quitó el cordón y se lo dio para que se lo pusiera. Y se fue aliviando el dolor hasta sanarse*⁶⁵.

*Otro día llegó al convento de Puebla, y el cocinero le manifestó que tenía dolores e inflamación de la garganta. El siervo de Dios le metió en la boca su cordón y así se sintió curado*⁶⁶.

Cundo alguna vez Dios obraba por su intermedio alguna maravilla como sanar un enfermo, ahuyentar una tempestad o librarle de algún peligro o hacer un milagro, él decía que eso se debía al cordón del seráfico padre san Francisco o al rosario de la Virgen, que siempre llevaba consigo.

En el Proceso apostólico, los testigos refieren 25 casos de milagros de sanación de enfermedades realizados por el Señor por intercesión de fray Aparicio, cuando aún vivía en esta tierra.

⁶² Sum pp. 42-43.

⁶³ Rodríguez José Manuel, *Vida prodigiosa del siervo de Dios fray Sebastián de Aparicio*, México, pp. 166-167.

⁶⁴ Sum p. 302.

⁶⁵ Ibidem.

⁶⁶ Ibidem.

e) OBEDIENCIA DE LOS ANIMALES

Dios le concedió el don de que los animales irracionales le obedecieran. Veamos algunos ejemplos.

Una vez le regalaron a fray Sebastián un buey furioso para sus carretas. El donante le avisó que era malo. Él fue donde estaba el buey, le echó el cordón de su hábito en la cabeza y se dejó poner el yugo con toda facilidad, como si fuera el buey más manso del mundo ⁶⁷.

Un testigo del Proceso certifica que él vio personalmente cómo fray Sebastián, para colocar a sus bueyes en el yugo, los iba nombrando por su nombre uno por uno. A alguno le decía: “Tú al otro lado”. Y era una maravilla para los que lo veían qué mansos estaban y cómo le obedecían ⁶⁸.

Un día, estaban sus bueyes pastando y empezó a llamarlos por su nombre y, a pesar de estar a cierta distancia, iban viniendo de acuerdo al nombre que tenían y que el mismo siervo de Dios les había puesto. Y este testigo y su tío Pedro Díaz, que estaban presentes, quedaron maravillados de tales cosas y lo tienen por milagro ⁶⁹.

Otro día el testigo que lo declara vio a un toro bravo, que él le había regalado, y le estaba lamiendo la mano, porque le estaba dando un pedazo de pan que había llevado en la manga. Fray Sebastián se llevó al novillo por el camino con toda facilidad ⁷⁰.

Este testigo vio una vez que algunos religiosos se mofaban de fray Sebastián y él llamó por su nombre a uno de sus bueyes y entró hasta el comedor donde estaban comiendo los religiosos, los cuales le mandaron que los sacara de allí. Fray Sebastián ordenó al buey que saliera sin hacer daño a nadie y el buey le obedeció al instante ⁷¹.

Un ladrón le robó un buey a fray Aparicio. Le dijeron quién lo tenía y fue a verlo, insistiéndole que se lo entregase, pero el ladrón no reconocía el hurto. Así que fray Aparicio le propuso: “Vamos al lugar donde están tus bueyes, y yo lo llamo por su nombre y, si viene, es mío; pero, si no viene, te lo quedas tú”. Así

⁶⁷ Sum p. 121.

⁶⁸ Sum p. 122.

⁶⁹ Ibidem.

⁷⁰ Sum p. 123.

⁷¹ Sum p. 127.

*convinieron. Y nada más llamarlo por su nombre, el buey mansamente se le acercó muy alegre*⁷².

*Don Domingo Pérezforte había castrado varios toros para domarlos y se enfermaron. Cuando vio a fray Sebastián, le rogó que pidiera por la salud de sus toros y, si se sanaban, le daría uno de limosna. De inmediato comenzaron los bueyes a comer y caminar y el dueño le entregó uno para sus carretas. El buey siguió al santo con toda mansedumbre, como si se alegrara de servirlo, y lo puso al yugo sin dificultad, cuando antes era indómito y difícil*⁷³.

*La señora de Juan Guerrero refiere que, en una ocasión, llegó a su finca fray Sebastián para recoger un buey que le regalaba su esposo. Era un buey bravo y furioso. El siervo de Dios se llegó a él, le echó el cordón de su hábito a los cuernos y lo llevó, como si hubiera sido siempre manso. Ella y su esposo quedaron admirados y dieron gracias a nuestro Señor*⁷⁴.

*Un día, seis meses antes de que muriese el hermano Sebastián, le trajeron un indio para que le ayudase. Era un indio que estaba castigado por cierto delito y como castigo le encomendaron que lo ayudara, ya que el hermano estaba ya muy anciano y achacoso. Un buey, que fray Sebastián llamaba Capuchín, al querer el indio ponerlo en el yugo, se lanzó contra él y lo zarandó por el aire tres veces. Al indio le salía sangre por la cabeza. El siervo de Dios le dijo que eso le pasaba, porque no era cristiano y que el buey tenía más uso de razón que él, pues obedecía. Así que le ordenó al buey que se tranquilizase y lo puso al yugo. Al indio le puso la mano en la cabeza y al punto se detuvo la hemorragia y pudo ayudarlo por el camino, como si nada le hubiera pasado. Un testigo que lo vio, quedó maravillado*⁷⁵.

*Cuando el siervo de Dios regresaba al convento y desataba a los bueyes, los iba llamando uno a uno y les daba de comer. Decía: “A ti, que has trabajado mucho, toma tantas espigas de maíz; y vosotros, que habéis trabajado menos, tantas espigas; y les daba las mazorcas asignadas sin que hubiera pelea entre ellos, como si fueran animales racionales*⁷⁶.

Una señora declaró en el Proceso que había un novillo muy fiero que seis hombres a caballo no lo podían reducir y había puesto en sobresalto a toda la vecindad. Fray Sebastián fue a su encuentro y le dijo: “Ven aquí, corista, ¿no te da vergüenza poner tanto escándalo en la vecindad? Se sacó de la manga un

⁷² Sum pp. 290-291.

⁷³ Sum p. 134.

⁷⁴ Sum p. 130.

⁷⁵ Sum p. 141.

⁷⁶ Sum p. 32.

*pedazo de pan y se lo dio. Y habiendo comido el pan en las manos del siervo de Dios, lo llevó del cuerno a la carreta y lo amarró, de lo que los presentes quedaron maravillados. También sabe la testigo que un día un buey de la carreta de fray Sebastián se cansó, llevando piedras. El tomó una vaca, que estaba cerca con su novillo, y nunca había trabajado en carretas, y la puso en el yugo. Su pequeño novillo gritaba, pero el siervo de Dios lo calmó, diciendo que esperara cuatro viajes, y así lo hizo. Después de cuatro viajes, permitió que la vaca diera de mamar al joven novillo; y a continuación le ordenó al novillo que esperara hasta la tarde y dejó libre a la vaca*⁷⁷.

A sus bueyes les ponía nombres. A uno le llamaba “Capuchín”, a otro “Oliva”, “Blanquillo”, “Pintillo”, “Aceituno”... A todos juntos los llamaba “coristas” y a los coristas del seminario los llamaba “novillejos” y los quería mucho. Por eso, siempre que llegaba a Puebla de sus recorridos, les traía algún dulce o frutas o algo que le regalaban en el camino, y les decía: “Novillejos, tomad, tomad”.

A veces le acompañaba un indio para ayudarle en sus trabajos, pero con frecuencia estaba solo. Cuando desuncía a los bueyes, le solía decir al más viejo, que llamaba “Capitán”: “Lleva a los coristas donde coman y que tengan cuidado. Mañana por la mañana estén aquí”. Y el “Capitán” los llevaba y los traía como ser inteligente y obediente.

*Un testigo afirmó: Hace muchos años fui con el siervo de Dios a recoger la limosna con las carretas del convento hacia la ciénaga de Tlaxcala y, habiendo llegado una tarde cerca del pueblo de Santa María Nativitas, el siervo de Dios desató a los bueyes. El testigo le dijo que sería mejor irse a dormir al pueblo de Nativitas, porque hacía mucho frío aquella noche, pero él respondió: “Yo te haré aquí un baldaquino para que no tengas frío. Aquí los bueyes tienen para comer del grano ya recogido; en el pueblo no tendrán. Yo le repliqué: “¿Cómo comerán el maíz recogido, habiendo otra mitad sin recoger, sin hacer daño al sembrío?”. Pero él insistió en que los bueyes no tomarían nada de lo no recogido aún. Este testigo durmió bien con la cobertura que le hizo y en la mañana fue a ver si los bueyes habían hecho algún daño al maíz no recogido, y no lo habían hecho. Admirado, preguntó cómo había sido tal cosa*⁷⁸.

En el Proceso apostólico hay 36 declaraciones de testigos que vieron cómo los bueyes de Aparicio no hacían daño en las sementeras y cómo le obedecían.

⁷⁷ Sum p. 125.

⁷⁸ Sum p. 28.

En una ocasión, Diego de Carmona y su esposa estaban a la puerta del convento de San Francisco de Puebla y vieron un mulo indómito que habían regalado a fray Sebastián y nadie podía ponerle los arneses para trabajar. Llegó el siervo de Dios y le dijo al mulo: “Estáte quieto, lobo soberbio, ¿vas a tener soberbia con los frailes?”. Tomó el cordón de su hábito y lo colocó al cuello del mulo y el mulo se tranquilizó; y pudieron colocarle los arneses y pudo trabajar, llevando dos sacos grandes de arena del río como un manso cordero ⁷⁹.

Una vez llegó el siervo de Dios a la finca de Juan Guerrero. Iba en un mulo para cargarlo con el maíz que el señor Juan le iba a regalar. *Éste encargó a dos jóvenes españoles que cargaran el mulo con dos sacos mientras un indio sostenía al mulo, pero el mulo estaba tan inquieto que, dando coces y saltando todas las veces, tiraba los sacos de maíz al suelo. Hasta que se acercó fray Sebastián y le dijo al mulo: “Así no, así no, así no”. Y el mulo se quedó quieto, pusieron tranquilos los sacos y fray Sebastián lo llevó a la ciudad, a su convento ⁸⁰.*

Otra vez, al acercarse fray Sebastián a una casa del campo, salieron corriendo varios perros furiosos y, cuando llegaron a él, se pusieron a mover sus colas como si fuera una persona conocida. Y el testigo declaró que reconoció que tenía dominio sobre los animales ⁸¹.

Hasta las hormigas le obedecían. *Venía fray Sebastián de la Villa de Carrión con grano en las carretas y apareció una gran cantidad de hormigas, que estaban llevándose el grano del convento. Las amonestó por ello y, a la mañana siguiente, no había ni una hormiga y el grano estaba entero, no faltaba nada, como lo comprobaron algunas personas presentes ⁸².*

f) MILAGROS EN COSAS INANIMADAS

El año 1593 viajaron juntos fray Aparicio y un amigo hacia Tepeaca. El amigo le dijo que le esperara un poco porque iba a comprar algunos alimentos para los dos y para otros dos servidores que también les iban a acompañar. Fray Aparicio le respondió que no se preocupara, que Dios proveería. *Comenzaron el viaje y en cierto lugar el caballo del acompañante se asustó y rompió la cincha de la silla. Todo se iba a precipitar a tierra, cuando fray Aparicio dijo: “Dios te ayude”, y el caballo se aquietó y el testigo no sufrió daño. Se bajó del caballo, acomodó la cincha y la silla, y vio que fray Aparicio estaba esperándole, sentado*

⁷⁹ Sum p. 126.

⁸⁰ Sum p. 130.

⁸¹ Sum p. 129.

⁸² Sum p. 123.

en el suelo con dos tortas de pan y pescado frito. El amigo fue a sentarse a su lado para comer y le preguntó de dónde había salido esa comida, si no había llevado nada consigo. Le respondió que siempre Dios proveía a los padres de san Francisco. “Por favor, no hables de esto”. Y le hizo prometer que no lo diría a nadie, considerando que había sido un milagro. El pan y el pescado eran de un sabor especial y el amigo les preguntó a los dos servidores, que venían con ellos, de dónde había salido aquello. Le dijeron que un frailecito de cinco o seis años había venido a traérselo a fray Aparicio. Lo habían visto atravesar el camino, pero después desapareció. Y lo tuvieron por milagro, porque ver un niño en medio del camino, vestido de fraile, no se ve nunca ⁸³. ¿Era un santo o un ángel vestido de fraile?

En cierta ocasión, llegó al mediodía a la casa de campo de Domingo Ruiz en el Valle de Tlaxcala. Estaban terminando de comer los dueños de la casa con algunos invitados. Fray Sebastián no aceptó sentarse con ellos. Sólo pidió un poco de vino, pero le dijeron que se había terminado a media comida. Entonces él pidió la vasija donde había estado a ver si quedaba un poquito. El dueño, para darle gusto, se la trajo y había todavía vino. El siervo de Dios se reía y decía: “Miren cómo sí había, quizás no me querían invitar”. Y el dueño de casa se quedó admirado. Y aún hay más, porque Domingo Ruiz tenía unas llagas en el brazo desde hacía dos años, que no se curaban. Les echó de ese vino milagroso y se curó en pocos días ⁸⁴.

El mismo prodigio del vino milagroso sucedió en Tecamachalco, como declararon en el Proceso Juan García, su madre y dos hermanas. En Puebla, en la casa de Ana Barbero, se llenó de vino varias veces una bota vacía, según declararon Ana Barbero y su hija.

Recordemos que fray Aparicio tenía licencia de sus Superiores para tener una bota de vino, del que se servía para calentarse por el bien de su salud y por su mucha edad. También tuvo licencia para usar una cabalgadura para no ir caminando, debido a su edad.

En las declaraciones de los testigos del Proceso, se refiere que cinco veces envió Dios alimento corporal por mano de ángeles en el monte de Tlaxcala, otra en Amaluca y otras tres en otros lugares.

En una ocasión, en los campos del testigo, que era agricultor en la ciénaga que está cerca de Tlaxcala, vino una tempestad de granizo y dañó todo el maíz que tenía sembrado. Fray Sebastián estaba debajo de un árbol en un terreno

⁸³ Sum p. 148.

⁸⁴ Sum pp. 303-304.

contiguo de Luis Hernández y oró al Señor y nada se perdió, mientras que el del testigo quedó arruinado. Fray Sebastián le manifestó que le hubiera gustado estar en su terreno para haber orado a Dios y haberle librado del daño recibido ⁸⁵.

En otra ocasión se encontraba fray Sebastián en la finca de un amigo y vino una gran tempestad de granizo. El amigo le pidió que orase a Dios para que no se perdieran sus sembrados. Rezó a Dios y sus campos no se dañaron, mientras que los campos vecinos quedaron arruinados ⁸⁶.

El señor Luis Hernández tenía una finca, donde había sembrado pimientos, que por falta de agua se iban a perder. Cuando fue a visitarlo el hermano Sebastián, le pidió que echase la bendición a sus campos y, desde ese momento, comenzaron los pimientos a reverdecer; y ese año dieron más fruto que ningún otro año ⁸⁷.

Una vez cayó mucha nieve. Fray Sebastián estaba durmiendo bajo una carreta y allí no había nada de nieve. El Señor había preservado ese sitio alrededor de la carreta y eso lo vio este testigo más de diez veces ⁸⁸.

Una noche vio un amigo a fray Sebastián que estaba echado bajo una carreta. Llovía mucho, pero el agua no pasaba junto a él y, al reprenderlo, por no dormir sobre la carreta, el siervo de Dios le respondió que el buen Dios cuidaba de él y que lo hacía, para poder mirar el cielo, que eso le gustaba mucho ⁸⁹.

Otro día viniendo de Atlixco con sus carretas cargadas de grano en compañía de otro carretero, que también llevaba su carreta llena de grano, vieron que iba a llover y la lluvia podía echar a perder el grano. *El compañero le aconsejó buscar algo para tapar la carreta y tapó el grano con esteras y sacos gruesos. Fray Sebastián solamente echó su manto encima de una carreta y el hábito sobre otra, y se echó debajo de una carreta esperando la lluvia. Llovió mucho y, a la mañana siguiente, al ver las carretas, la del compañero estaba llena de agua y tenía necesidad de poner el grano al sol, en cambio el de Aparicio estaba seco, como si sobre él no hubiera caído una gota de agua ⁹⁰.*

Sucedió en el monte de Tlaxcala. *Se quebró la cabeza del eje de una carreta en la que fray Aparicio llevaba madera a Puebla. Llegó sin novedad a*

⁸⁵ Sum pp. 29-29.

⁸⁶ Sum pp. 295-296.

⁸⁷ Diego de Leyba, o.c., p. 220.

⁸⁸ Sum p. 60.

⁸⁹ Sum p. 62.

⁹⁰ Sum pp. 294-295.

Puebla, descargó la madera y, al querer arreglar el eje, el guardián lo mandó a Tepeaca a traer 25 fanegas de maíz, que habían ofrecido de limosna. Manifestó la imposibilidad a causa del eje quebrado, pero el guardián le ordenó que fuera de inmediato. Y de nuevo con esa carreta y otra sana se fue a Tepeaca, que dista seis leguas de Puebla. Después de tres días llegó a la hacienda de Diego Barrera, que había visto en el viaje anterior la carreta descabezada, y se admiró del gran prodigio realizado por Dios en virtud de la obediencia del hermano Sebastián. Y, al preguntarle cómo era posible, fray Sebastián respondió: “Mi padre san Francisco va sosteniendo la rueda para que no se salga”⁹¹.

En los Proceso se refiere que estuvo cuatro días trabajando con la carreta con el eje quebrado y otra vez sin clavijas que controlasen las ruedas.

Son 35 los casos narrados en el Proceso sobre milagros realizados, cuando lloviendo, helando o nevando, no se mojaba el siervo de Dios, ni sus carretas, ni el trigo y maíz u otras cosas que llevaba en las carretas. Son nueve casos sobre haciendas que, por su oración, se libraron de tempestades de granizo, hielos, etc. y son siete los milagros declarados sobre multiplicación de alimentos o creados de la nada (vino, pan, etc.).

HUMILDAD

Cuatro o cinco meses antes de morir hasta el Superior de su convento lo reprendió fuertemente por algo que sucedió y él aceptó la reprensión con mucha humildad⁹².

Algunos religiosos, como fray Sebastián iba normalmente mal vestido, con un hábito viejo y remendado y, a veces, no olía bien, porque estaba sudando y trabajando todo el día, lo ridiculizaban, se reían de él, y lo despreciaban, pero él bajaba la cabeza y se reía por dentro. Sentía cierta alegría de ser despreciado por amor a Jesús, aparte de que se consideraba un gran pecador.

Él nunca tomaba las cosas a mal y se reía. A lo sumo alguna vez respondía en broma: *Váyanse, que ustedes son selváticos como mis bueyes*. Y los coristas se reían de sus respuestas⁹³.

Algunos religiosos acusaron a fray Sebastián ante el padre guardián de que no sabía las oraciones del cristiano, ni ayudar a misa, ni otras cosas propias de los

⁹¹ Diego de Leyba, o.c., p. 72.

⁹² Sum p. 23.

⁹³ Sum p. 18.

religiosos. El padre guardián lo mandó que fuera al noviciado, y encargó a alguien que le enseñase lo que debía aprender; pero él, ya anciano y con poca memoria, no lograba aprender de memoria lo que le enseñaban. Por eso, le prohibieron un tiempo ayudar a misa. Sin embargo, a pesar de no ser hombre de letras y tener mala memoria, todo lo hacía con amor y lo mejor que podía.

Ante Dios era el mejor de todos y el mismo Señor le manifestaba su amor haciendo milagros extraordinarios en su favor.

Un tiempo el guardián lo liberó del trabajo de las carretas, pero tuvo muy pronto que reponerlo, porque el religioso que puso en su lugar, no traía de limosna al convento ni la cuarta parte que él. Además, como a fray Aparicio la gente lo tenía por santo, le daban limosna de buena gana por amor y por amistad.

Cuando murió, el mismo padre Superior, que tanto lo había criticado en vida por sus modales toscos y poco saber, dio un sermón en el que, con lágrimas en los ojos y arrepentimiento, le pidió perdón por no haberlo comprendido.

AUSTERIDAD Y POBREZA

Era muy austero y vivía la pobreza evangélica a imitación de su padre san Francisco. Sólo usaba una túnica o hábito, sin ninguna ropa más debajo. La túnica era vieja y remendada. No le gustaban las cosas nuevas y menos para ir por aquellos caminos con sus bueyes. Cuando quería lavar su hábito, lo metía en el río o en un estanque y, después, se lo ponía de inmediato, llevándolo todo mojado sin que el Señor permitiera que le pasara nada ⁹⁴.

Normalmente, iba con el sombrero a la espalda, pero nunca se lo ponía, ni tampoco la capucha. Las piernas desnudas, con el pantalón subido y los pies descalzos. Siempre se le veía alegre y contento, buscando con sus carretas y sus bueyes a quienes le pudieran dar alguna limosna para alimentar a los cien religiosos del convento de Puebla de donde era residente.

Cuando le daban de comer, no aceptaba ningún alimento delicado. Un día le dijeron que comiese en virtud de santa obediencia y él pidió con las manos juntas que no le obligaran a comer aquello. Se contentaba con un poco de pan y un poco de vino ⁹⁵. Cuando era anciano, si el pan estaba duro, iba a una fuente o río y lo tomaba mojado en agua por su mala dentadura.

⁹⁴ Sum p.22.

⁹⁵ Sum p. 12.

Una vez volvió con sus carretas con un brazo roto y el guardián llamó al cirujano, quien le colocó unas tablillas. A los tres o cuatro días, volvió al monte a trabajar y, al regreso, llevaba las tablillas metidas en la carne. El cirujano le reprendió: “Si usted las puso así, ¿qué iba yo hacer?”. Le volvió a curar y el siervo de Dios aguantó la cura, como si el brazo no fuera suyo”⁹⁶.

Cuando ya era anciano, lo que más le hacía sufrir era una hernia inguinal. Una vez estuvo a punto de morir, pues se le salían los intestinos. Lo llevaron a la enfermería y lo colocaron en una cama. En la noche, al estar solo, se salió de la celda y se acostó a la entrada de la huerta sobre una tabla. Al pedirle cuentas, respondió: “Me salió al claro, porque aquí no está la muerte, y en lo oscuro sí. No es bueno dormir, sino donde se pueda ver el cielo y las estrellas”⁹⁷.

SU MUERTE

Cuando estaba muy grave en la última enfermedad, le ordenó el guardián ir a la enfermería y, para darle gusto, lo pusieron en un rincón de la misma, junto a una ventana, para que pudiera contemplar las estrellas por la noche. Uno de los días pidió al hermano que lo acompañaba que tocara un poco la guitarra. El hermano, dejándolo solo, se entretuvo en la sala contigua, paseando. Y, cuando después de tres cuartos de hora entró para decirle que no encontraba la guitarra, sintió un olor celestial y pensó que podía ser por haberlo visitado algún santo o ángel del cielo”⁹⁸.

Cuando ya estaba para morir, se le acercó el padre guardián Y le dijo: “¿Hermano Aparicio estás sin esperanza de salud, toma este santo Cristo en las manos y pide al Señor perdón de tus pecados”. Él respondió: “Hermano, ¿a este momento habíamos de aguardar? Hace muchos años que nos conocemos y somos viejos amigos”⁹⁹.

Y estando para morir profetizó que iba a morir pasado mañana. Y así sucedió. Un cuarto de hora antes de morir, se reunió en su celda toda la comunidad sin que faltase un solo fraile y sin haber tocado la campana. Había recibido la comunión el domingo anterior. Estaba confesado y había recibido la unción de los enfermos y quiso morir en tierra. Pidió con insistencia que lo

⁹⁶ Sum p.59.

⁹⁷ Diego de Leyba, o.c., p. 46.

⁹⁸ Sum p. 154.

⁹⁹ Diego de Leyba, o.c., p. 125.

*colocaran en el suelo de la celda y así murió: con un crucifijo en las mano, repitiendo el nombre de Jesús, mientras los religiosos cantaban el Credo*¹⁰⁰.

Después de su muerte, los mismos religiosos hicieron pedazos su hábito y tomaron como reliquias algunas cosas, hasta pelos de su cabeza. Mucha gente de Puebla fue a visitar su cuerpo insepulto y todos quedaban admirados del suavísimo olor que salía de él. Vieron que su cuerpo sudaba y comenzaron a empapar telas con el sudor para guardarlas como reliquias.

*Sus piernas, que estando vivo estaban llenas de llagas y sus pies maltratados por caminar siempre descalzo, estaban después de su muerte limpios y sanos como los de un niño. Y su carne estaba flexible como si estuviera vivo. Uno de los testigos del Proceso asegura que tenía uno de los cordones que había usado fray Aparicio y que con él Dios realizó grandes maravillas, en especial colocándolo en el vientre de las mujeres que estaban para dar a luz*¹⁰¹.

Unos seis religiosos dominicos fueron al funeral y uno de ellos hincó su cuerpo con algunos alfileres y salió sangre roja y fresca. Algunas personas tocaban con sus rosarios el cuerpo de fray Aparicio y los rosarios quedaban impregnados de una fragancia maravillosa; y lo mismo las telas u otros objetos que hacían tocar con su cuerpo.

Un señor, llamado Juan Martín, se acercó a verlo, cuando estaba aún insepulto, y le recordó en voz alta a fray Aparicio que le había prometido en vida que lo encomendaría a Dios después de su muerte. Y en presencia de todos los presentes, el santo levantó el brazo en señal de que lo haría. También dijo el testigo que había sudado y él con un pañito le había secado el sudor¹⁰².

Cuando abrieron la sepultura para enterrarlo, sacaron el cuerpo entero de un religioso que hacía pocos días había muerto y emanaba un olor malísimo en contraste con el cuerpo del siervo de Dios. Fue enterrado el 29 de febrero de 1600 sin caja, sino directamente en la tierra y le echaron 18 espuestas de cal viva y mucha tierra encima.

¹⁰⁰ Sum pp.154-155.

¹⁰¹ Sum p. 163.

¹⁰² Sum p. 181.

EXHUMACIONES

Después de cuatro meses de enterrado, llegó al convento el padre provincial fray Buenaventura Paredes e hizo abrir la sepultura. Sacaron la cal y descubrieron las piernas, la cara y la cabeza. Sus carnes estaban flexibles y manejables. No se sentía mal olor, sino buen olor ¹⁰³.

El siete de julio de 1602, vino al convento el visitador del obispado, Melchor Márquez, por orden del obispo, y también lo exhumaron para verlo.

El viernes 30 de abril de 1632, estando presente el obispo Bernardo de Quiroz, exhumaron el cuerpo del venerable y los médicos presentes firmaron un comunicado en el que dicen: *Juzgamos unánimemente que el cuerpo del venerable está incorrupto. No hay ninguna suerte de mal olor, sino que más bien se siente una fragancia y un olor suavísimo. En el sitio del hígado se conserva una humedad de suavísimo olor y en la cavidad del cráneo, en la parte posterior de la cabeza, se ha encontrado gran parte del cerebro, o sea, sustancia medular, unida a dos membranas, llamadas Dura Mater y Pia Mater con humedad unida al cráneo. Para observar mejor la sustancia medular fue necesaria sacarla con un instrumento de hierro y, al hacerlo, encontramos algunos grumos de sangre. Esta sangre y la sustancia medular tenían un suavísimo olor y admirable fragancia. Por lo cual juzgamos y decimos que el venerable cuerpo se encuentra totalmente incorrupto. Y esta incorrupción no ha sido provocada, no procede de que el cadáver haya sido momificado, aromatizado, embalsamado, ni menos preservado con hierbas preservativas de corrupción, ya que no se encuentra en este cuerpo ninguna señal de cortes ni fisuras... Y consideramos que por favor y privilegio divino tiene el venerable cuerpo esta incorrupción* ¹⁰⁴.

Y todo esto sucedió después de 32 años de haber muerto, a pesar de haber echado sobre el cuerpo, al momento de sepultarlo, gran cantidad de cal viva, que deshace la carne.

¹⁰³ Sum pp. 179-180.

¹⁰⁴ Sum pp. 211-212.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

*Antonio Pérez, sastre, tenía una mano manca, totalmente inútil, que se la había quebrado con un arcabuz, que se le reventó al dispararlo y no podía trabajar. Puso la mano enferma en el rostro del siervo de Dios, cuando estaba aún insepulto en la iglesia, y, al instante, se curó*¹⁰⁵.

*Una señora declaró que llevaba cinco años sufriendo de un ojo que se le iba secando y los médicos la habían declarado incurable. Ella tocó con sus manos los pies del hermano Aparicio y después le tocó el ojo enfermo y quedó instantáneamente curada*¹⁰⁶.

*Un testigo afirma que, cuando estaba el cuerpo del siervo de Dios aún en la iglesia del convento de Puebla expuesto a los fieles, antes de sepultarlo, él se recostó sobre su pecho y le recomendó al santo que, cuando estuviera en la presencia de Dios, le pidiera que le perdonase todos sus pecados y, al querer tocar la mano del difunto con la suya, vio que el santo también abrió su mano que antes tenía cerrada. Él se la llevó a la boca y a los ojos e hizo que todos vieran ese milagro, pues el cuerpo seguía flexible y con una fragancia celestial*¹⁰⁷.

*Un hombre llamado Juan Llorente, estaba sordo y, si no le hablaban muy fuerte, no sentía nada. Sabiendo los milagros que Dios hacía por medio del venerable hermano ya fallecido, se colocó en los oídos un pedazo de tela de su hábito, pero no sintió mejoría y lo dejó. Un día tenía que ir al convento de san Francisco para hacer pan, ya que era panadero, y refirió a un religioso que no le había servido la reliquia. El religioso le insistió en que se la volviera a poner y, después de llevarla nueve días, comenzó a recuperar el oído y quedó totalmente sano*¹⁰⁸.

*Un testigo declaró que estaba muy grave y creía que iba a morir. Invocó a fray Sebastián, que ya había fallecido, y se le apareció como era cuando vivía; y le dijo: “No te aflijas, que no morirás ahora. En el futuro procura vivir bien”. Y desde aquel momento se sintió curado y el siervo de Dios desapareció. El testigo reza el rosario cada día y visita su sepulcro frecuentemente*¹⁰⁹.

Catalina de Estrada, esposa de Francisco Ruiz, recibió un gran susto estando embarazada, y murió la criatura. Ella tuvo fuertes dolores y durante dos

¹⁰⁵ Diego de Leyba, o.c., pp. 254-255.

¹⁰⁶ Sum p. 186.

¹⁰⁷ Sum p. 195.

¹⁰⁸ Sum p. 339.

¹⁰⁹ Sum p. 120.

días estuvo en peligro de muerte. A los dos días le pusieron en el vientre un pedazo de tela del hábito del venerable fray Sebastián y otro con el que le habían secado el sudor después de muerto y, de inmediato, dio a luz al bebé muerto ¹¹⁰.

Doña Catalina Vázquez, esposa del capitán Manuel de Arteaga, sufrió de disentería durante 15 días y después sintió que tenía un tumor en la parte interior del vientre. Ninguno de los remedios que tomaba le hacían bien hasta que le colocaron algunas reliquias de fray Aparicio y comenzó a sudar. Se le disminuyó el dolor y, después de ocho días, quedó curada ¹¹¹.

Juana Martínez, esposa de Bartolomé Martín, sufrió durante 26 días de asma y ningún remedio la curó. Aplicándole un poco del hábito de fray Aparicio, quedó curada y nunca más le volvió esa enfermedad ¹¹².

Una hija de Sebastián Pliego, llamada Mariana, de 11 años, estaba gravemente enferma de ciática y de podagra. Le pusieron en esas partes un pedacito del hábito de fray Sebastián y, un cuarto de hora después, ya estaba totalmente curada ¹¹³.

En Cholula había un hombre que llevaba tres días sin orinar por causa de una postema que tenía. Parecía que iba a expirar por tantos dolores. Le pusieron un pedacito del hábito de fray Sebastián y reventó la postema y orinó, quedando curado ¹¹⁴.

Gabriel de Santiago era un indio que estaba a punto de morir de un tabardillo. Su esposa y dos hijas fueron a cuidarlo y lo encontraron en el suelo, que ya parecía muerto, pero él se levantó y les dijo que allí había estado su amo el padre Aparicio y le había dicho que no moriría de aquella enfermedad; y así fue ¹¹⁵. Según consta en el Proceso, fueron 21 las ocasiones en que se apareció el venerable hermano Aparicio después de su muerte.

El año 1622, un caballo le dio una coz al niño Juan Bautista, que era criado por el señor Juan Bautista García y su esposa María Rodríguez. Lo encomendaron a fray Aparicio y, después de una hora, el niño se levantó sano y se fue a jugar con otros niños. Sólo le quedó una pequeña señal en el lugar donde había recibido la coz ¹¹⁶.

¹¹⁰ Sum p. 341.

¹¹¹ *Ibidem*.

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ Sum p. 344.

¹¹⁴ *Ibidem*.

¹¹⁵ Diego de Leyba, o.c., p. 278.

¹¹⁶ Diego de Leyba, o.c., p. 286.

*Diego del Río padeció durante siete años de calenturas sin que ninguna medicina le hiciera bien. Los últimos cinco años estaba ya sin esperanza de vida y los médicos lo habían desahuciado. Un amigo le trajo una capucha que había usado fray Aparicio y con ponérsela con devoción se curó*¹¹⁷.

*Uno de los testigos declaró en el Proceso que vio un pañuelo del padre Pedro Castañeda que, cuando murió el siervo de Dios, era el guardián del convento, y con el cual había secado el sudor de fray Aparicio. Ese pañuelo, después de 20 años, estaba húmedo y con buen olor, como si le hubiese secado el sudor al hermano pocos minutos antes*¹¹⁸.

Según las declaraciones de los testigos en los Procesos, pasan de 1.300 los prodigios realizados por el venerable después de su muerte. Así lo afirma fray Bartolomé de Letona en su *Epítome* sobre la vida y milagros de fray Aparicio.

BEATIFICACIÓN

Ante tantos milagros realizados por el hermano Sebastián después de su muerte, pronto sus Superiores decidieron comenzar el Proceso de canonización, que culminó con su beatificación el 17 de mayo de 1789.

Ahora esperamos que pronto sea canonizado y sea conocido en el mundo entero para que muchos católicos puedan conocerlo y pedirle ayuda; y así puedan recibir muchas bendiciones de Dios por su intercesión.

Aprendamos de él a rezar el rosario a María. Él, según los que lo conocieron, siempre estaba con el rosario en la mano rezando¹¹⁹. Amaba mucho a la Virgen María, quien como buena madre también se le aparecía frecuentemente. Un día, después de comulgar, estaba con el rostro encendido de amor. Estando así recogido en su interior, se le puso delante el padre Sancho de Landa, y le dijo en voz baja: *Por favor, quítese. ¿No ve aquella señora que baja por las escaleras? Mírela, ¿no es muy hermosa?*. Así daba a entender que estaba viendo a la Virgen María.

También amaba mucho a Jesús Eucaristía y siempre que podía asistía a misa y comulgaba y, sí podía, ayudaba a los celebrantes en la misa como acólito.

¹¹⁷ Diego de Leyba, o.c., p. 293.

¹¹⁸ Sum pp. 187-188.

¹¹⁹ Sum p. 12.

Cuando no rezaba el rosario, con el mismo rosario repetía constantemente los nombres de Jesús y de María.

